

RECADO

De nuestro amigo Martínez
Por un especial encargo
Incluyo á usted esos versos
De mi pobre numen parto.
Tómelos usted, Trinita,
Como un recuerdo que guardo
De mi viaje á la más bella
Ciudad de mi suelo patrio.

Mas aunque á usted van y es justo
En especial dedicados
También de sus bellas damas
Al mandarlos me he acordado
Que aunque con pena muy grande
No disfruté de su trato
Por haber tan poco tiempo
En esa ciudad estado;
Conservo la impresión viva
Que al verlas hube formado
De su elegancia y belleza,
De su sencillez y garbo
Y además las tapatías
Siempre ilusión me han formado.

Si todas no son tan bellas
Cual las ninfas del Parnaso
En cambio las considero
De espíritu levantado,
De muy nobles sentimientos
Y de trato culto y franco.

Nunca la mujer insulsa
O fatua me ha enamorado
Por más que su bella cara
Me brinde con sus halagos;
Así es que con alma y vida
Aunque fuera por un año
Quisiera de sus paisanas
Disfrutar el bello trato,
Pues las creo tan amables
Como el modelo á quien hablo.

Pregúnteles pues, Trinita,
Si no les causará enfado
El que vaya á visitarlas
Esté pobre mexicano.

Mas no, Trini, no pregunte
¡Torpe de mí! me he olvidado
Que ese derecho lo tienen
Solamente los muchachos.

Absorto en dulces visiones
Este espíritu fantástico
Olvida ver en su frente
Amontonados los años
Y que las bellas no gustan
¡Ay! de los cabellos canos,
Pues aunque hay buenas alhajas
En estuches estropeados
Gustan más de alhajas falsas
Si en estuches van, dorados.

Adiós, pues, Guadalajara,
Ya no iré á tu suelo amado,
Ya vi tus calles, tus templos,
Tus hospicios y tus baños,
Tus jardines, tus paseos,
Tus portales y palacio,

Qué iría pues á hacer, pregunto,
 Otra vez un pobre diablo
 Si disfrutar no pudiera
 De sus damas el halago.
 ¡Bella mujer! tú eres sólo
 De la tierra el numen caro:
 Cuánto bueno haríais del hombre
 Si hacer de él supierais algo.

Adiós, Trini: quise sólo
 Escribiros un recado
 Y esta loca fantasía
 Como muchacho malcriado
 Se ha ido, sin advertirlo
 Poco á poco extraviando.

HUMORADAS LITERARIAS

Sobrado de salud, tranquila el alma,
 De espíritu atrevido, ardiente, inquieto,
 Hastiado de la vida en que vegeto
 Eternamente en soñolienta calma,
 Pensando en emprender ameno viaje
 Que le diera expansión al alma mía,
 Sólo esperaba que llegara el día
 Mis cosas disponiendo y mi equipaje;
 Cuando Dios, ese ser de juicio sano
 Que ve muy claro en lontananza oscura,
 Ese viaje, tal vez una locura,
 Desbarató con providente mano.
 De un golpe, se sirvió, violento y rudo
 Que, torpe, me causara en mi impaciencia;
 ¡Ay! tal vez lo trocó su Providencia,
 Contra graves peligros, en escudo,
 Enfermedades, pérdidas, naufragios
 O una guerra, tal vez, en tierra ajena
 Trocar pudieran mi ilusión en pena
 Y los goces en fúnebres sufragios.
 En efecto, ¿qué importa que hasta el cielo
 Mi aun fresca fantasía levante el vuelo?
 ¿Qué importa que mi espíritu gigante
 El peligro no excuse ni le espante,
 Si encerrado, de lodo, en rudo estuche,
 Cual pobre caracol, al ir andando

Tiene que ir, ese estuche remolcando
Y no puede volar por más que luce?

Si es sonido mi espíritu, es, ya queja
Que sale, de dolor, por las rendijas
De una guitarra ya gastada y vieja
Que escasa está de cuerdas y clavijas.

De nieve amontonada, mi cabeza
Hacen blanquear setenta y dos inviernos
Y á pesar de ese peso aun se endereza
Para cantar mis sentimientos tiernos.

Bendito seas, Señor, que hasta esta altura
Me has dejado llegar y ante la gente
Sin ignominia levantar la frente
Aunque escasa de aureolas de locura.

Tú me has dado constancia y, de justicia
Tus sagrados principios respetando,
No he querido ayudar al triste bando
Que tu orden santo con su error desquicia.

Y si atento ante el pobre zapatero
Que gana su pasar con su trabajo,
No he podido arrastrarme humilde y bajo
Ante el magnate huraño y altanero.

Privado, pues, del bienestar mundano,
De bailes, de banquetes y de orgías
Buscaba más allá del oceano
Goces más gratos á las ansias mías.

Ya miraban mis ojos esa Europa,
Mi bella conocida de otro tiempo,
Ya sentíame bogando viento en popa
Y á sus playas llegar sin contratiempo.

Ya en Londres, ya en Venecia me soñaba,
Ya del Rhin remontando las riberas,
Ya en los lagos de Suiza y sus neveras
O'en alpinas montañas me encumbraba.

Y del Montblanc enseñoreando al mundo
Sobre trono radiante de blancura,
Sentía agrandarme en colosal figura
Mi frente hundiendo en el azul profundo
Coronada del sol allá en la altura.

Cien pueblos á mis pies, servían de alfombra
Bordados por lagunas y collados,
Bella turba de espíritus alados
Cubríame revolando con su sombra.

Ninfas hermosas con sus arpas de oro,
El escabel del trono rodeaban
Y cánticos divinos entonaban
En concierto magnífico y sonoro.

Allí yo en pie y á una señal de mando
Acercarse veía pueblos y reyes,
En el nombre de Dios les daba leyes
Que acataban, las frentes inclinando.

Y las leyes de Dios cumplidas eran
Y el, antes, en virtud, estéril mundo
En paz y en orden se volvió fecundo
Porque las leyes de justicia imperan.

¡Ilusiones no más! ¡ay! mas tan bellas
Que siempre seguiré sus santas huellas
Porque son del empiéreo precursoras,
Y si creense en la tierra una mentira
Porque el mundo las niega y no las mira,
Ninfas son en el cielo, que cantoras
Me esperan con su canto, halagadoras
Porque aquí las cantó mi pobre lira.

No iré á Europa, Señor, pues tú no quieres,
Y Europa ¿qué me importa? si en tu anhelo
Otra Europa más poética en tu cielo
Regalarme, magnífico, prefieres.

Allá iré. ¿Qué le falta á un pobre viejo
Que tiene los ochenta á los umbrales?
En vez de disponer el aparejo
Para ir á aquella, con mejor consejo
Lo haré, Señor, á Europas celestiales.

1891.



